

CAPITULO VIII.

El capitan Rossi.

Permítasenos una digresion histórica que nos dé á conocer á este personaje que tanto va á figurar en nuestra narracion, y retrocedamos algunos años para seguirle paso á paso en las escenas mas interesantes de su vida.

Rossi era sardo, y habia llegado á las costas de América en un buque mercante de su misma nacion, mandado por un tal Picaluga, pariente suyo, con quien siguió teniendo siempre estrechas relaciones. Deseando hacer fortuna, se dirigió á México en los momentos en que el cura Hidalgo proclamaba, en el humilde pueblo de Dolores, de que era párroco, la independencía

del país el 16 de Setiembre de 1810. Cartas de recomendacion que traia para D. Andrés, rico comerciante español, le dieron entrada en la casa de éste. Enamoróse Rossi de la hija de su protector, llamada Pilar, jóven de recomendables virtudes; pero como conociese que sus atrevidas miradas no eran acogidas con agrado, creyó mas prudente por entonces dejar á la hija y ocuparse en ganar el corazon del padre. Poco despues, abusando de la confianza que éste habia depositado en él, le estrajo de la caja una suma considerable, y para sustraerse de la justicia, corrió á unirse á las filas de los independientes. Osado, al par que bribon, logró hablar con el caudillo de la independencía, y le hizo entender que, una conspiracion en que trabajaba por la causa de la libertad, y descubierta por el gobierno español, le conducia á militar bajo las órdenes de tan decidido patriota.

Hidalgo, que vió en él un hombre de talento, lo recibió con muestras de satisfaccion, y le dió el mando de una compañía.

Muchos han tratado de oscurecer, por

hechos semejantes á la recepcion de Rossi, la grandiosa empresa del anciano párroco, diciendo que acogia bajo sus banderas á todo el que se presentaba.

¡Acusacion bien débil por cierto!.....
¡Como si en su mano hubiese estado el escojer á los hombres!

El pronunciamiento del año de 1810, digan lo que quieran los pocos enemigos del cura Hidalgo, fué un pronunciamiento que le honrará siempre ante los hombres de corazon y de patriotismo que saben apreciar las libertades patrias.

Es una obligacion imprescindible la de defender la patria del poder de cualquier nacion extraña que la subyugue ó pretenda subyugarla; y esta obligacion, reconocida por todos los hombres de todos los siglos, no puede quedar desatendida, ni por temor á la muerte, ni por apego á las riquezas, ni por respetos á alguna parte de la sociedad, sin que sobre la nacion que esto hiciera no cayese el borron mas negro y el desprecio universal. México hacia 300 años que estaba agregado legítimamente á la corona de

España; y aunque España engrandeció aquel fértil país, lo ilustró y formó en él grandes ciudades, suntuosos templos, sorprendentes acueductos, soberbios edificios, casas de beneficencia, hermosos colegios, y le dió una religion salvadora, la privó de la libertad de gobernarse. El gobierno español, con sus sábias medidas, y con su no desmentida deferencia hácia los hijos de aquel suelo, se ganó de tal manera el afecto de los mexicanos, que ninguno, no obstante el deseo natural á independerse, se atrevió jamas á levantar el estandarte de la rebelion, aunque no es rebelarse levantar el pendón de la libertad, para sacudir la dependencia de cualquier poder extraño, por dulce y suave que sea.

Los honores y los títulos repartidos por los monarcas españoles entre los hombres de alguna suposicion de aquel país, tenia á éstos tan adictos á la causa real, que de ninguna manera deseaban separarse de España. Los ricos, los hacendados y los comerciantes, tampoco querian exponer sus vidas por el bien que, siendo el primero de

los bienes, era para ellos secundario y casi de ningun valor. Solo quedaba, pues, la clase media y la clase pobre, que son las únicas que sufren en todos los gobiernos, y las únicas dispuestas á lanzarse en la sangrienta lucha para recobrar la libertad, único tesoro á que podian aspirar, y hasta del cual se veian privadas.

De entre aquella clase media, pues, salió el célebre Hidalgo, anciano por su edad, pero jóven por su acendrado patriotismo: salió un humilde sacerdote que, despreciando los peligros y la muerte, concibió el atrevido pensamiento de hacer caer un poder, un gobierno cuya fuerza moral habia echado hondas raíces por espacio de 300 años.

Para justipreciar este pensamiento, es preciso conocer los ningunos elementos con que contaba Hidalgo para llevar adelante una empresa colosal, que hubiera asustado al hombre mas intrépido. El plan grandioso del anciano párroco de Dolores fué descubierto; y al recibir tan infausta noticia, Hidalgo, haciéndose superior al peligro, reu-

nió unos cuantos paisanos del mismo pueblo, y levantó el estandarte de libertad.

¡Heroismo sublime que solo en un corazon verdaderamente patriota podia existir!

Los españoles que tan celosos nos hemos mostrado siempre por la independenciam de nuestra amada patria, y que con tanto respeto miramos á los que se han sacrificado por nuestra independenciam, no podemos menos de hacer justicia á un hombre como Hidalgo, que despreció la muerte por el bien que se habia propuesto dar al país en que habia nacido.

Yo, como español, si hubiese vivido en aquella época, hubiera combatido contra él por no perder la joya adquirida á tanto precio, y á tantos sacrificios comprada; pero en el fondo de mi corazon hubiera respetado y admirado á un hombre, cuyo noble anhelo no era otro que el de dar á su patria un lugar distinguido entre las naciones libres.

El pensamiento era grande, y este pensamiento será siempre digno de elogio, por mas que algunos hayan querido pintarle

con los mas negros colores, criticándole los medios de que echó mano. ¿Y de qué otros se podia valer el anciano sacerdote en situacion tan crítica y aflictiva? ¿Qué otro hombre, si él llegaba á verse aherrojado, tendria el necesario valor para sublevarse con un puñado de paisanos mal armados, contra el poder de un gobierno respetable y fuerte? Un hombre á quien no seguian los ricos, no por falta de voluntad, sino por miedo de perder sus riquezas en una lucha tan desigual, ¿estaba en el caso de despreciar á la gente de la clase ínfima, aunque no toda fué honrada, por temor de que cometiera algunos excesos? . . . Esto hubiera equivalido á cometer la torpeza de entregarse á los que le hubieran quitado la vida.

Pero ¿cómo es que esos que con tanto empeño buscan en los que seguian á Hidalgo defectos y delitos, no ven á la gran figura que destaca en esa guerra de independencia? ¿Cómo es que ven á los malos, que nunca faltan en ninguna causa, por justa y santa que sea, y no al modelo de patriotas, al valiente D. Nicolás Bravo, que se

adhirió al plan del anciano cura de Dolores, y cuyo nombre no podemos menos los españoles que pronunciar con respeto y asombro, por mas que haya combatido contra el poder de España? ¿Y sabe el lector por qué es digno de nuestra admiracion? Vamos á decirlo. D. Nicolás Bravo tenia prisioneros en su poder 300 españoles, cuando recibió la noticia de que el gobierno español acababa de fusilar á su padre que, como él, combatia por la independencia de su patria.

El Sr. Bravo en aquel instante de acerbo dolor, mandó que le llevasen á su presencia á los 300 españoles, á quienes hizo saber la fatal noticia que acababa de recibir:—¿Qué harian vdes. en mi lugar? les preguntó con el acento del mas profundo pesar. Nuestros compatriotas guardaron silencio: conocian que, en la guerra, la represalia era el medio puesto en práctica para tomar reparacion de un agravio, y esperaron la muerte. Bravo habia tomado ya su resolucion irrevocable.—Están vdes. en libertad, les dijo.

Y luego, dirijiéndose á un oficial de su ejército, añadió.—Acompañe vd. con sus

soldados á estos señores hasta cerca del primer campamento español, para que así no encuentren obstáculo en el camino por parte de nuestras tropas.

Este rasgo de abnegacion y de generosidad, asombró al virey; y los españoles vieron desde entonces en Bravo un verdadero héroe.

Pero no solamente Bravo era el hombre de reconocido mérito que ennoblecia la causa, á todas luces justa, de la independencia. A la vez que él, brillaban otros muchos caudillos de acendrado patriotismo, sobresaliendo como honrosa lumbrera, el infatigable Matamoros, uno de los personajes de mas disposicion militar de aquella época, segun confesion de los mismos que combatieron en las filas contrarias, quien reunia á un valor á toda prueba, una alma generosa, ideas elevadas y filantrópicas, y un corazon magnánimo y compasivo, jamas manchado con escenas de criminal venganza.

En esta pintura no hay toque ninguno exagerado; no es mas que un justo home-

naje tributado al verdadero mérito: mi mano no hace mas que trazar, con imparcialidad española, los hechos de un hombre que han enalsado nuestros mismos compatriotas.

Hasta aquí para justificar la causa de la independencia y defender al cura Hidalgo de la críminacion de que recibia á cuantos se presentaban en sus filas; ahora continuemos con Rossi.

Este llegó, tanto por su valor como por su talento, á alcanzar el aprecio de sus principales jefes que, ocupados en admirar su arrojo, no podian examinar los bastardos sentimientos que abrigaba su corazon. Para él los sagrados lazos de amistad eran preocupaciones absurdas de apocadas inteligencias, la gratitud trampantojos de la niñez, y toda religion una mentira sin base sólida ni racional.

Pero estos dañados sentimientos tenia buen cuidado de ocultarlos bajo un exterior hipócrita, que tomaba todas las formas que convenian á la situacion en que se encontraba.

Era un buen actor que representaba todos los papeles, y los jugaba con la misma facilidad.

Demostrando patriotismo y virtudes eficas, habia sabido ganarse la estimacion, primero de Hidalgo, y mas tarde de Guerrero, que le distinguia con su amistad y le habia servido generosa y desinteresadamente en varias ocasiones criticas.

Era el tigre disfrazado con la piel de oveja; el gavilan vestido con las plumas de la cándida paloma; la culebra que imprudentemente abrigaba en su seno.

Cruel y sanguinario, era el azote de los comerciantes y hacendados españoles, radicados en los puntos por donde él pasaba.

Concluida esta sangrienta campaña con el fusilamiento del cura Hidalgo, Rossi pasó al Estado del Sur, donde aun conservaba Guerrero una chispa de la sublevacion.

Entonces fué cuando haciendo mérito de los servicios que habia prestado á la causa de la indepenecia, logró alcanzar la amistad

de tal personaje, quien desde aquel instante le consideró como al mejor de sus amigos.

Por aquellos dias llegó al puerto de Acapulco el buque sardo que le habia conducido á las costas mexicanas, y al encontrarse con su pariente Picaluga, le presentó á Guerrero. Este, que tenia un corazon benévolo, recibió al capitan con amabilidad y le siguió distinguiendo en lo sucesivo, prestándole favores y servicios que solo podian compararse con los que á Rossi dispensaba.

Ya veremos mas adelante, cómo correspondió Picaluga á estos favores.

Hecha por fin la independecia en 1821 por el plan de Iguala concebido por el coronel mexicano Iturbide, y en el cual entraron los principales jefes del ejército español, entre ellos Echávarri y Negrete, Rossi entró triunfante en México, y tuvo la osadía de presentarse en casa de D. Andrés para pedirle la mano de Pilar.

El honrado español que conocia á fondo el bastardo corazon que abrigaba, le negó la gracia que solicitaba, é indignado Rossi,

juró vengarse de lo que él llamaba desprecio del orgullo español, y hacerse dueño, á todo trance, de la mujer que amaba.

Los pasos que dió para conseguirlo, nos lo dirá lo que sigue de nuestra historia.

CAPITULO IX.

A río revuelto....

Eran pasados dos dias, y la lucha entre las tropas del gobierno y los pronunciados, continuaba cada vez mas terrible, cada vez mas sangrienta.

En aquella cuestion, como ya hemos indicado, se resolvia la suerte de los pacíficos comerciantes españoles radicados en aquel país que amaban como se ama la patria de los hijos.

Con la ansiedad con que el reo espera su sentencia, esperaban tambien ellos el resultado de aquel combate decisivo, en que un bando pedia su expulsion y el otro los defendia.

Aumentábase la inquietud que les tenia